



La Santa Sede

VISITA PASTORAL A FRASCATI

MISA PARA EL PUEBLO

HOMILÍA DEL SANTO PADRE JUAN PABLO II

Lunes 8 de septiembre de 1980

Queridísimos hermanos y hermanas:

Con viva alegría vengo hoy a vuestra ciudad, que se gloria con razón, de una larga y gloriosa tradición histórica y artística, y además de sus bellezas naturales y de la bien conocida cortesía de sus habitantes, tanto que se ha convertido, desde hace siglos, en un lugar apetecido y privilegiado para el reposo del alma y del cuerpo.

Deseo, ante todo, dirigir un cordial saludo al venerado hermano, cardenal Paolo Bertoli, Camarlengo de la Santa Iglesia Romana, el cual tiene especiales vínculos de afecto con vosotros, por cuanto le ha sido confiado el Título de la Iglesia suburbicaria de Frascati; un afectuoso saludo a vuestro celoso obispo, mons. Luigi Liverzani, que ha tenido la bondad de invitarme a esta celebración: así como al señor alcalde, que ha tenido nobles expresiones en relación a mi persona y a mi servicio pastoral a la Iglesia universal.

Tampoco puedo olvidar, en esta alegre y significativa circunstancia, a los sacerdotes, religiosos, religiosas, padres y madres de familia, obreros, artesanos, profesionales, a los jóvenes y a las jóvenes, muchachos, niños y, en particular, a los pobres y a los enfermos.

A todos mi saludo sincero.

Bastantes de vosotros recordaréis la visita que hizo a esta ciudad, hace ahora 17 años, el domingo 1 de septiembre de 1963 mi venerado predecesor Pablo VI; vino aquí sobre todo para

hablaros de un Santo, tan entrañable para vosotros, San Vicente Pallotti, quien en esta ciudad celebró la primera Misa y escribió las reglas de su benemérita institución.

Pero, al mismo tiempo, mi pensamiento se vela de tristeza con el recuerdo de las pobres víctimas de ese triste y tremendo bombardeo del 8 de septiembre de 1943, que hirió y destruyó vuestra ciudad, la cual dio así su aportación de dolor, de lágrimas y de sangre a la trágica contienda del segundo conflicto mundial.

2. Con el recuerdo de estos acontecimientos, que pertenecen ya a la historia de Frascati, estamos reunidos para proclamar el alegre *mensaje de la esperanza cristiana* porque —como hemos escuchado en la liturgia— celebramos hoy "con alegría el nacimiento de María, la Virgen: de Ella salió el Sol de Justicia, Cristo, nuestro Dios".

Esta festividad mariana es toda ella una invitación a la alegría, precisamente porque con el nacimiento de María Santísima Dios daba al mundo como la garantía concreta de que la salvación era ya inminente: la humanidad que, desde milenios, en forma más o menos consciente, había esperado algo o alguien que la pudiese liberar del dolor, del mal, de la angustia, de la desesperación, y que dentro del Pueblo elegido había encontrado, especialmente en los Profetas, a los portavoces de la Palabra de Dios, confortante y consoladora, podía mirar finalmente, conmovida y emocionada, a María "Niña", que era el punto de convergencia y de llegada de un conjunto de promesas divinas, que resonaban misteriosamente en el corazón mismo de la historia.

Precisamente esta Niña, todavía pequeña y frágil, es la "Mujer" del primer anuncio de la redención futura, contrapuesta por Dios a la serpiente tentadora: "Pongo perpetua enemistad entre ti y la mujer y entre tu linaje y el suyo; éste te aplastará la cabeza, y tú le morderás a él el calcañal" (*Gén 3, 15*).

Precisamente esta Niña es la "Virgen" que "concebirá y parirá un hijo, y le pondrá por nombre Emmanuel, que quiere decir 'Dios con nosotros'" (cf. *Is 7, 14; Mt 1, 23*). Precisamente esta Niña es la "Madre" que parirá en Belén "a aquel que señoreará en Israel" (cf. *Miq 5, 1 s.*).

La liturgia de hoy aplica a María recién nacida el pasaje de la Carta a los Romanos, en el que San Pablo describe el designio misericordioso de Dios en relación con los elegidos: María es predestinada por la Trinidad a una misión altísima; es llamada; es santificada; es glorificada.

Dios la ha predestinado a estar íntimamente asociada a la vida y a la obra de su Hijo unigénito. Por esto la ha santificado, de manera admirable y singular, desde el primer momento de su concepción, haciéndola "llena de gracia" (cf. *Lc 1, 28*); la ha hecho conforme con la imagen de su Hijo: una conformidad que, podemos decir, fue única, porque María fue la primera y la más perfecta discípulo del Hijo.

El designio de Dios en María culminó después en esa glorificación, que hizo a su cuerpo mortal conforme con el cuerpo glorioso de Jesús resucitado; la Asunción de María en cuerpo y alma al cielo representa como la última etapa de la trayectoria de esta Criatura, en la que el Padre celestial ha manifestado, de manera exaltante, su divina complacencia.

Por tanto, toda la Iglesia no puede menos de alegrarse hoy al celebrar la Natividad de María Santísima, que —como afirma con acentos conmovedores San Juan Damasceno— es esa "puerta virginal y divina, por la cual y a través de la cual Dios, que está por encima de todas las cosas, hizo su entrada en la tierra corporalmente... Hoy brotó un vástago del tronco de Jesé, del que nacerá al mundo una Flor sustancialmente unida a la divinidad. Hoy, en la tierra, de la naturaleza terrena, Aquel que en un tiempo separó el firmamento de las aguas y lo elevó a lo alto, ha creado un cielo, y este cielo es con mucho divinamente más espléndido que el primero" (*Homilía sobre la Natividad de María*: PG 96, 661 s.).

3. Contemplar a María significa mirarnos en un modelo que Dios mismo nos ha dado para nuestra elevación y para nuestra santificación.

Y María hoy nos enseña, ante todo, a conservar intacta *la fe en Dios*, esa fe que se nos dio en el bautismo y que debe crecer y madurar continuamente en nosotros durante las diversas etapas de nuestra vida cristiana. Comentando las palabras de San Lucas (*Lc 2, 19*), San Ambrosio se expresa así: "Reconozcamos en todo el pudor de la Virgen Santa, que, inmaculada en el cuerpo no menos que en las palabras, meditaba en su corazón los temas de la fe" (*Expos. Evang. sec. Lucam II, 54: CCL XIV, pág. 54*). También nosotros, hermanos y hermanas queridísimos, debemos meditar continuamente en nuestro corazón "los temas de la fe", es decir, debemos estar abiertos y disponibles a la Palabra de Dios, para conseguir que nuestra vida cotidiana —a nivel personal, familiar, profesional— esté siempre en perfecta sintonía y en armoniosa coherencia con el mensaje de Jesús, con la enseñanza de la Iglesia, con los ejemplos de los Santos.

María, la Virgen-Madre, proclama hoy de nuevo ante todos nosotros el valor altísimo de la *maternidad*, gloria y alegría de la mujer, y además el de la *virginidad cristiana*, profesada y acogida "por amor del Reino de los cielos" (cf. *Mt 19, 12*), esto es, como un testimonio en este mundo caduco, de ese mundo final en el que los que se salvan serán "como los ángeles de Dios" (cf. *Mt 22, 30*).

4. La festividad de hoy nos sugiere también otro punto para nuestra reflexión, vinculado con un acontecimiento eclesial de particular importancia, que durante bastantes meses centrará la atención en la diócesis de Frascati. El próximo año celebraremos solemnemente el III centenario de la consagración de vuestra artística catedral, es decir, del templo principal, el más importante de la diócesis.

Pero el templo de piedras nos hace pensar en un Tabernáculo viviente, en el verdadero Templo

santo del Altísimo, que fue María, que concibió en su seno virginal y engendró, por obra del Espíritu Santo, al Verbo encarnado. Y, según la Palabra de Dios, cada uno de los cristianos, por medio del bautismo, se convierten en templo de Dios (cf. *1 Cor* 3, 16. 17; 6, 19; *2 Cor* 6, 16); es una piedra viva para la construcción de un edificio espiritual (cf. *1 Pe* 2, 5), esto es, debe contribuir, con su ejemplar vida cristiana, al crecimiento y a la edificación de la Iglesia, Cuerpo místico de Cristo, Pueblo de Dios, Familia de Dios.

El próximo III centenario de la consagración de vuestra catedral debe estimularos y comprometeros, queridísimos hermanos y hermanas, a un testimonio de vida cristiana cada vez más concreta, constante, generosa, en unión filial con vuestros Pastores. Mis palabras de exhortación se dirigen, en primer lugar, a los sacerdotes y religiosos, los cuales han elegido una vida de completa donación y entrega a la dilatación del Reino de Dios. Pero en esta circunstancia me dirijo, de modo totalmente especial, a los laicos, esto es, a los hombres y a las mujeres, padres, madres, profesionales, obreros, jóvenes, muchachas, estudiantes, recordando las palabras que ahora hace 17 años os dirigía precisamente a vosotros, fieles de Frascati, Pablo VI, hablando de la maduración de la conciencia del laicado católico en relación con el apostolado. Esta conciencia —afirmaba él— "no viene... sólo de la necesidad de alargar los brazos del sacerdote que no llega a todos los ambientes y no puede abarcar todas las fatigas. Viene de algo más profundo y más esencial, esto es, del hecho de que el laicado es cristiano. En lo íntimo de tu conciencia resuena Una voz: si soy cristiano, no debo ser un elemento negativo, pasivo o neutro y quizá adversario de las oleadas de espíritu que el cristianismo pone en las almas" (*Insegnamenti di Paolo VI*, I, 1963, pág. 570).

Al hacerme eco de estas palabras de mi gran predecesor, os digo, fieles de Frascati: Cristo Cabeza tiene necesidad de vosotros, porque vosotros sois sus miembros. La Iglesia tiene necesidad de vosotros, porque vosotros la formáis. No os dejéis desanimar por las dificultades ni, mucho menos, fascinar o intimidar por concepciones o ideologías en contraste con el mensaje cristiano. "Esta es la victoria que ha vencido al mundo: nuestra fe" (*1 Jn* 5, 4), nos asegura San Juan Evangelista; que esta fe sea siempre sólida, profunda, genuina, activa, dinámica.

¡Oh Virgen naciente,

esperanza y aurora de salvación para todo el mundo, vuelve benigna tu mirada materna hacia todos nosotros, reunidos aquí para celebrar y proclamar tus glorias!

¡Oh Virgen fiel,

que siempre estuviste dispuesta y fuiste solícita para acoger, conservar y meditar la Palabra de Dios, haz que también nosotros, en medio de las dramáticas vicisitudes de la historia, sepamos mantener siempre intacta nuestra fe cristiana, tesoro precioso que nos han transmitido nuestros padres!

¡Oh Virgen potente,

que con tu pie aplastaste la cabeza de la serpiente tentadora, haz que cumplamos, día tras día, nuestras promesas bautismales, con las cuales hemos renunciado a Satanás, a sus obras y a sus seducciones, y que sepamos dar en el mundo un testimonio alegre de esperanza cristiana!

¡Oh Virgen clemente,

que abriste siempre tu corazón materno a las invocaciones de la humanidad, a veces dividida por el desamor y también, desgraciadamente, por el odio y por la guerra, haz que sepamos siempre crecer todos, según la enseñanza de tu Hijo, en la unidad y en la paz, para ser dignos hijos del único Padre celestial!

Amén.